

Una Visita al Sepulcro



Charles H. Spurgeon

El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano

Una Visita al Sepulcro

Nº 1081

Un sermón predicado por Charles Haddon Spurgeon, en El Tabernáculo Metropolitano, Newington, Londres.

“No está aquí, pues ha resucitado, como dijo. Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor” — Mateo 28: 6.

Las santas mujeres, María Magdalena y la otra María, fueron al sepulcro, esperando encontrar allí el cuerpo de su Señor con el propósito de embalsamarlo. Su intención era buena; su voluntad fue aceptada delante de Dios; pero, a pesar de todo eso, su deseo no fue concedido por la simple razón de que era contrario al designio de Dios: incluso discrepaba con aquello que Cristo les había predicho y declarado claramente. “No está aquí, pues ha resucitado, como dijo.” Yo deduzco de esto que, como creyentes, podríamos albergar algunos buenos deseos en nuestros corazones y tratar sinceramente de ponerlos en práctica, y, con todo, no alcanzar nunca el éxito en ese esfuerzo, debido a que, gracias a nuestra ignorancia no hemos entendido, o gracias a nuestro olvido hemos dejado de prestar atención a cierta palabra de Cristo que se interpone en nuestro camino.

Yo he sabido que esto nos ha ocurrido con la oración. Hemos orado, y no hemos recibido porque no teníamos un sustento en la palabra de Dios para pedir lo que solicitábamos. Acaso había alguna prohibición en la Escritura que debió habernos refrenado de elevar esa petición. Hemos pensado en nuestra vida diaria, en medio de las ocupaciones del trabajo, que si pudiésemos alcanzar tal y tal posición, entonces honraríamos a Dios; sin embargo, aunque lo hemos buscado vigorosamente, y hemos orado insistentemente al respecto, nunca lo hemos logrado. Dios no tuvo nunca el propósito de que lo lográramos; y, si hubiésemos tenido éxito en alcanzar nuestro proyecto, habría podido ser más dañino que ventajoso, un legado de problemas en vez de una herencia de gozo. Estábamos buscando grandes cosas para nosotros, pero olvidamos aquella reconvención del Señor: “¿Y tú

buscas para ti grandezas? No las busques”. Por tanto, no esperen realizar todos aquellos deseos que consideren puros y apropiados. Pudiera ser que no estuvieran discurriendo por el cauce apropiado. Pudiera ser que hubiere una palabra del Señor que no permite que los vean realizados.

Estas buenas mujeres descubrieron que habían perdido la presencia de Aquel que era su mayor deleite. “No está aquí”, debe de haberles sonado como un doble de campanas por los difuntos. Ellas esperaban encontrarle pero Él se había ido. Pero la aflicción desapareció de sus corazones cuando el ángel agregó: “Pues ha resucitado.” Yo deduzco de esto que si Dios me quita cualquier cosa buena, con seguridad se justificará por haberlo hecho, y que, muy frecuentemente, magnificará Su gracia dándome algo infinitamente mejor.

¿Pensó María que sería algo bueno encontrar el cadáver de su Señor? Tal vez le habría proporcionado algún tipo de satisfacción nostálgica. Así pensaba según su pobre juicio. El Señor le quitó ese consuelo. Pero Cristo había resucitado y tener noticias suyas y posteriormente verle, ¿acaso no fue algo infinitamente mejor?

¿Has perdido algo últimamente en torno a lo cual tu corazón había entrelazado todos sus zarcillos? Descubrirás que hay una buena razón para la privación. El Señor nos quita siempre alguna bendición de plata, con la intención de otorgarnos un beneficio de oro. Pueden estar seguros de que Él les dará hierro en vez de madera, y el hierro lo sustituirá con bronce, y en vez de bronce les dará plata, y en lugar de plata les proporcionará oro. Todo lo que quita el Señor no es sino algo preliminar para una dádiva mayor. ¿Has perdido a tu hijo? ¿Qué importaría si descubres que tu Señor es más amoroso que nunca? Una sonrisa de tu Señor será mejor para ti que todos los alegres retozos de tu hijo. ¿Acaso no es mejor Él para ti que diez hijos? ¿Has perdido a tu familiar y compañero que te alegraba a lo largo del valle de la vida? Gracias a esa pérdida serás ahora conducido a estar más cerca de tu Salvador; Sus promesas serán más dulces para ti, y el Bendito Espíritu te revelará Su verdad con mayor claridad. Saldrás ganando con tu pérdida.

Se da el caso de muchísimas plantas que han sido protegidas por algún gran árbol cuyas ramas frondosas las cubrían de la lluvia azotadora y del granizo destructor. Súbitamente el árbol ha sido cortado por el hacha cruel

del leñador. Cuando cae el árbol, la plantita ha estado a punto de gritar de miedo. A partir de ese momento permanecerá desprotegida. Pero no le pasa nada; estos tristes pronósticos se desvanecen prontamente, pues ahora el sol la baña como no lo hizo nunca antes, y el rocío cae en mayor abundancia, y la lluvia penetra hasta sus raíces; y la tierna plantita crece hasta alcanzar una estatura que no habría conocido de otra manera, ya que el consuelo del que disfrutaba le impedía el crecimiento. Tú te darás cuenta de que muchos de los consuelos que te han sido arrebatados eran rémoras para tu apropiado cultivo y, en su ausencia, obtendrás una abundante compensación, una bendición diez veces mayor.

“No está aquí” es muy triste. Pero, “ha resucitado” es muy alegre. A Cristo, el que murió, no le puedes ver. No puedes embalsamar con ternura ese bendito cuerpo. Pero tú verás a Cristo, el que vive, y podrás postrarte a Sus pies, y oirás de Sus labios las jubilosas palabras: “Id pronto y decid a Mis discípulos que he resucitado de los muertos.” Vale la pena que recuerden esa lección. Si Dios la aplica a tu alma, podría producirte un consuelo reconfortante. Si el Señor te quita algún gozo, te dará otro mejor. “No aflige ni entristece voluntariamente a los hijos de los hombres”. Estoy seguro de que ustedes no les niegan nunca a sus hijos ninguna complacencia pura, sin tener en mente algún bien real. Cuando piden a sus hijos algún pequeño sacrificio, cuántos de ustedes no tienen una manera de compensárselos para que no salgan perdiendo por la experiencia en cuestión. Y su Padre celestial tratará asimismo de manera muy tierna y delicada con ustedes, que son Sus hijos.

Con estos dos comentarios preliminares, procederemos a considerar el texto mismo. Y convendría decir que algunos de nosotros asistimos esta tarde al funeral de un querido amigo y diácono de esta iglesia; y, por tal motivo, los pensamientos que se agitan en nuestro pecho, y las palabras que brotarán de nuestros labios esta noche, serían más apropiados si estuviere delante de nosotros el sepulcro abierto. Situémonos allí en la imaginación, y concibamos que aquella campana —aunque a menudo obstaculiza nuestras devociones al punto de que me pregunto por qué la gente cristiana necesita fastidiar a otros cristianos con una campana— produce un repique de muertos para nosotros. Esa campana debe ayudarnos a ser conducidos a la

tumba sobre las alas del sonido, para que adoptemos la mejor posición en la que estas meditaciones sean congruentes para la ocasión.

El texto contiene, primero, una certeza; y, en segundo lugar, una invitación. Primero, una certeza: “No está aquí, pues ha resucitado”; en segundo lugar, una invitación: “Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor.”

I. La certeza: “No está aquí, pues ha resucitado”.

Jesucristo realmente RESUCITÓ DE LOS MUERTOS. ¿Qué importa que los falso eruditos y los sabihondos hayan intentado demostrar que este hecho, tan bien comprobado, no es sino un mito fabuloso? No hay una sola doctrina de las Santas Escrituras que no se haya querido exterminar. Al principio negaban descaradamente que tales cosas hubieren sucedido y decían que eran pura invención. Pero después, cuando se proporcionó abundante evidencia para demostrar la resurrección, esta vil incredulidad dio lugar a un escepticismo más refinado. Sin embargo, puede demostrarse más allá de toda duda, que hay tanta evidencia de la resurrección de Cristo como de cualquier otro hecho comprobado de la historia. Probablemente no haya ningún otro hecho de la historia que esté tan plenamente demostrado y corroborado, como el hecho de que Jesús de Nazaret, que fue clavado en la cruz, que murió, y fue sepultado, resucitó verdaderamente.

Tal como creemos las historias de Julio César —tal como aceptamos las declaraciones de Tácito— sobre esa misma base de documentos históricos, estamos obligados a aceptar el testimonio de Mateo, y de Marcos, y de Lucas y de Juan, lo mismo que los testimonios de aquellas personas que fueron testigos oculares de Su muerte, y que le vieron después que hubo resucitado de los muertos.

Que Jesucristo resucitó de los muertos no es una alegoría ni un símbolo, sino es una realidad. Allí permaneció muerto, para que ese hecho fuera corroborado tanto por los amigos como por los enemigos; era un cadáver que debía ser depositado en la tumba. Tóquenlo y véanlo. Es el mismo Cristo que ustedes conocieron en vida. Es exactamente el mismo. ¿Hubo alguna vez tales ojos en cualquier otra forma humana? ¡Contémpnenle! Ustedes pueden ver la impresión de aflicción en Su rostro. ¿Hubo jamás

algún semblante tan desfigurado como el suyo, alguna aflicción tan real en sus efectos? ¡Ese es el Emperador del Abatimiento, el Príncipe de todos los Dolientes, el Rey de la Aflicción! Allí yace, siendo inconfundiblemente el mismo. Ahora, observen las señales de los clavos. Vean, allí traspasó el hierro esas benditas manos; y allí fueron perforados Sus pies; y allí está la incisión que llegó hasta el pericardio, y dividió el corazón, e hizo brotar la sangre y el agua maravillosas de Su costado. ¡Es Él, el mismo Cristo! Y las santas mujeres levantan cada uno de los miembros del cuerpo y le envuelven en lino, y ponen especias en derredor Suo, que habían traído en su apuro, y le colocaron en ese lugar, en ese sepulcro nuevo.

Ahora, ha de ser sabido y entendido que nuestra fe es que esos mismos miembros que permanecían inertes y fríos en la muerte se tornaron tibios con vida otra vez; ese mismo cuerpo, con sus huesos y carne, que yacía allí, se tornó animado con vida otra vez y regresó a una gloriosa existencia. Esas manos rompieron el pedazo de panal y el pescado en presencia de los discípulos; y esos labios los comieron; y Él mostró esas heridas y dijo: “Pon aquí tu dedo, y mételo en el lugar de los clavos”; y desnudó Su costado, el mismo costado, y dijo: “Acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.” No era un fantasma ni un espectro. Como dijo Él mismo: “Un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo”. Él era un hombre real, tan real después de la resurrección como lo había sido antes; y Él es un hombre real en la gloria ahora, tal como lo fue cuando estaba aquí abajo. Él ascendió a lo alto: la nube le ocultó de nuestra vista. El mismo Cristo que le preguntó a Pedro: “¿Me amas?”, el mismo Jesús que les dijo a todos Sus discípulos: “Venid, comed”; un hombre real resucitó de una muerte real a una vida real. Ahora, necesitamos siempre que esta doctrina nos sea declarada muy claramente, pues aunque la creemos, no siempre tenemos plena conciencia de ella; y aun si la hemos comprendido, es bueno oírla de nuevo, para que nuestras mentes sean confirmadas en cuanto a ella. La resurrección es un hecho tan literal como cualquier otro hecho registrado en la historia, y así hemos de creer en ella. “No está aquí, pues ha resucitado”.

Sigan la narración, amados, y verán que cuando nuestro Señor Jesucristo resucitó en aquella ocasión, siendo revivido de los sueños de la muerte, no sólo fue verdad que realmente se levantó del sepulcro, sino que

resucitó para ser alzado en Su ascensión a la gloria que ahora posee a la diestra del Padre. Cuando hubo roto las cadenas de hierro de la tumba, los discípulos recibieron este consuelo: que ahora estaba más allá del alcance de Sus enemigos. Durante los escasos días que nuestro Señor permaneció en la tierra, ninguno de Sus enemigos intentó hacerle daño. Ni siquiera los perros se atrevían a mover la lengua en contra de Él. Difícilmente podríamos decir por qué, pero así fue. Pareciera que había una notable conformidad en las mentes de todos Sus enemigos durante el tiempo que residió en medio de Su pueblo aquí abajo. Él estaba fuera del alcance de Sus enemigos. No le podían hacer ya ningún daño. Y es lo mismo ahora. Él no está aquí, en otro sentido; y ahora está fuera del alcance de todos Sus malignos adversarios.

¿No te alegra esto? A mí sí. Ningún Judas puede traicionar ahora al Maestro para que sea apresado por los soldados romanos. Ningún Pilato puede tomarle ahora y corromper la justicia y entregarle a la crucifixión sabiendo que es inocente. Ningún Herodes puede burlarse ahora de Él en compañía de sus hombres de guerra: ninguna soldadesca puede ahora escupirle en Su amado rostro. Nadie puede abofetearle ahora, o vendar Sus ojos, ni decirle: “Profetiza, ¿quién es el que te golpeó?” La cabeza, la amada cabeza majestuosa de Jesús, no puede ser nunca coronada ahora de espinas otra vez, y los incansables pies que caminaban en misiones de misericordia, no pueden ser perforados nunca más por los clavos. Los hombres no le desnudarán más, ni se quedarán exultando en Sus agonías. Él se encuentra más allá de su alcance. Ahora pueden hablar mal de Él, y pueden buscar despreciarle a través de Su pueblo, que son los miembros de Su cuerpo. Ahora pueden rabiarse; pero Dios le ha colocado a Su propia diestra, y es inaccesible a su malicia. Me consuela, tal como pienso que consolaría al soldado en el día de la batalla cuando veía que la batalla se tornaba muy difícil, el comprobar que el comandante a quien amaba estaba fuera del alcance de las balas. “Vamos”, —diría— “ustedes pueden herirnos como quieran. La balas podrían llover una muerte roja sobre nuestras filas, pero nuestro comandante en jefe, de quien depende todo el conflicto, está a salvo.”

Oh, estas palabras son benditas, y bendita fue la pluma que las escribió, y bendito es el Espíritu que las dictó: “Por lo cual Dios también le exaltó

hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.” No importa, amados hermanos, qué nos pueda ocurrir a nosotros, pobres soldados comunes. Sentimos que si fuéramos calumniados, o deshonrados, o perseguidos, o si fuéramos condenados a muerte, sería algo sin importancia a la luz de los temas transcendentales: si la cabeza que una vez fue coronada de espinas está coronada ahora con gloria, y quien estuvo en el tribunal de Pilato para ser condenado, se sienta ahora en el trono de Su Padre, en espera de venir a juzgar a los príncipes y reyes de la tierra.

En relación a que nuestro Señor no está aquí, sino que ha resucitado, debería consolarnos pensar que ahora está más allá de todo dolor, así como también más allá de todo ataque personal. Yo me consolé reflexionando de esta manera en cuanto a nuestro amigo fallecido recientemente. Él fue atacado súbitamente por la parálisis, como muchos de ustedes saben, y estuvo en cama unas seis semanas. Si le hubiera placido a Dios habría podido estar en cama seis años o dieciséis años, y hubiera sido algo muy doloroso verle con su vida todavía en el cuerpo pero con una mente densamente entenebrecida. Estamos agradecidos —yo me siento personalmente agradecido con Dios— ya que nuestro amigo se ha quedado dormido y ha escapado de las miserias de la presente vida malvada. ¡Pero cuánto más agradecidos deberíamos estar en relación a nuestro amado Señor, a Quien nuestra alma ama! Oh, ¿puedes soportar pensar en Él, que no tenía dónde reposar Su cabeza? ¿Quién entre nosotros no habría renunciado a su cama para darle el descanso de una noche? Ay, y renunciar a la cama para siempre, si hubiéramos podido darle un blando reposo. ¿No nos habríamos ido a la falda del monte y habríamos pasado allí la noche entera, hasta que nuestra cabeza hubiera estado empapada de rocío, si hubiéramos podido otorgarle un descanso? Él vale más que diez mil de nosotros; y ¿no parecía como si era para Él demasiado tener que sufrir el estar sin hogar y sin techo? Tenía hambre, hermanos; estaba sediento; estaba cansado; estaba desfallecido. Él sufrió nuestras enfermedades: se nos informa que las sobrellevó. A menudo le dolía el corazón. Él sabía lo que “los fríos montes y el aire de medianoche” podían hacer para enfriar el cuerpo; y Él sabía lo que la asoladora atmósfera y la amarga privación

podían hacer para congelar el alma. Él experimentó innumerables aflicciones y dolores. Desde el primer derramamiento de sangre en Su nacimiento, hasta el último derramamiento de sangre en Su muerte, parecía como si la aflicción le hubiere marcado como su hijo peculiar. ¡Siempre era hostigado, tentado, vejado, asediado, atacado y molestado, por Satanás, por los hombres malvados, y por los males que están en el exterior! Ahora ya no hay nada de eso para Él; y nos alegra que no esté aquí por esa razón. Ahora no es ningún hijo de la pobreza; no hay un taller de carpintero para Él ahora; no hay el vestuario del campesino, tejido de arriba abajo; no hay ahora laderas de montes ni brezos para Su lugar de descanso; no hay ahora turbas escarnecedoras en torno a Él; no hay ahora quien recoja piedras para apedrearle; ya no se sienta junto al pozo, cansado y diciendo: “Dame de beber”; no necesita que se le suministre alimento cuando está hambriento. Ahora ya no puede haber más azotes y flagelaciones. No dará más “Su cuerpo a los heridores, ni Sus mejillas a los que le mesaban la barba”. Nadie perforará ahora Sus manos y Sus pies; no sentirá una sed ardiente en el sangriento madero; no clamará: “Eloi, Eloi, ¿lama sabactani?” Las ondas y las olas de Dios pasaron sobre Él, pero ya no pueden asediarse más. Él fue llevado al polvo de la muerte, y Su alma estuvo sumamente triste una vez. Él está más allá de todo eso. El mar quedó atrás, y ha llegado a Buenos Puertos, donde ninguna tormenta puede azotarlo. Él ha alcanzado Su gozo; Él ha entrado en Su reposo y ha recibido Su recompensa.

Hermanos y hermanas, debemos alegrarnos por este motivo. Entremos en el reposo de nuestro Señor. Alegrémonos porque Él está alegre; seamos felices porque Él es feliz. Oh, que pudiéramos sentir que nuestros corazones saltan dentro de nosotros, aunque por un breve tiempo más nos encontremos en el campo de batalla, porque Él se ha ido de allí, y ahora es reconocido y adorado como Rey de reyes y Señor de señores.

El hecho de que nuestro Señor ha resucitado contiene, no únicamente estos consoladores elementos en referencia a Él, sino que hemos de recordar que es una garantía de nuestra propia resurrección, para cada uno de quienes creemos en Él. En la primera epístola a los Corintios, el apóstol Pablo hace que todo el argumento a favor de la resurrección del cuerpo esté basado en esta única pregunta: ¿resucitó Cristo de los muertos? Si resucitó, entonces todo Su pueblo ha de resucitar con Él. Él era un representante, y

como el Señor Salvador resucitó, todos Sus seguidores habrán de hacerlo. Si resuelves la pregunta de si Cristo resucitó, habrás resuelto la pregunta de si todos los que están en Él, y han sido conformados a Su imagen, deben resucitar también.

En cuanto a nosotros, es verdad que los que somos creyentes en Jesús, si morimos y somos depositados en la tumba, seremos comidos por los gusanos: regresaremos a la madre tierra y nos convertiremos en polvo. Por mi parte, yo nunca envolvería el cuerpo en plomo, ni haría nada que impidiera que se deshiciera rápidamente en el polvo del que provino. Parece que es sumamente apropiado y santo dejar que se deshaga y vuelva a ser el polvo original. Pero aquí está el tema señalado. No importa qué le suceda a ese polvo, ni a través de cuáles transiciones pase. Es verdad que las raíces de los árboles podrían beber de esa forma: es verdad que se puede convertir en pasto y en flores para alimentar a las bestias: los vientos podrían transportarlo a miles de kilómetros de distancia, separando así todos sus átomos: un hueso podría ser separado de los demás huesos: pero, tan ciertamente como el Señor resucitó, nosotros resucitaremos también. No decimos que cada partícula real de esta carne resucitará: no es necesario para la identidad del cuerpo que deba ser así; pero el cuerpo será idéntico, y el mismísimo cuerpo que es sembrado en la tierra resucitará nuevamente de la tierra, y con una belleza y gloria de las que poco sabemos todavía, pueden estar seguros de ello.

El cuerpo del amado hijo de Dios, que despediste hace algunos años, resucitará otra vez. Esos ojos que tú cerraste —esos mismísimos ojos— verán al Rey en su hermosura en la tierra lejana. Esos oídos que no podían oírte cuando susurrabas las últimas tiernas palabras, esos oídos oirán las eternas melodías. Ese corazón que se quedó tan frío e inerte como la piedra cuando la muerte puso su gélida mano sobre el pecho, latirá de nuevo con novedad de vida, y saltará de gozo en medio de las festividades de la entrada al hogar, cuando Cristo, el Esposo, se despose con Su iglesia, la esposa. ¡Ese mismísimo cuerpo! ¿No era el templo del Espíritu Santo? ¿No fue redimido con sangre? ¡Ciertamente resucitará cuando suenen la trompeta del arcángel y la voz de Dios! Puedes estar seguro de ello; puedes estar seguro de esto, seguro en cuanto a tu amigo y seguro en cuanto a ti. Y no le tengas miedo a la muerte. ¿Qué es la muerte? La tumba no es más que

un baño en el que nuestro cuerpo, como Ester, se entierra en especias para hacerlo dulce y fresco para el abrazo del glorioso Rey en la inmortalidad. No es sino el armario donde guardó su vestido durante un tiempo. Saldrá limpiado y purificado, con muchas lentejuelas de oro en él, que no estaban allí antes. Era un vestido de trabajo cuando nos desvestimos; será un vestido dominguero cuando nos lo pongamos, y será apropiado para vestirlo el domingo. Incluso podríamos anhelar la noche para desvestirnos, y así poder despertar para vestirnos esas vestiduras en la presencia del Rey.

Además —para no demorarnos demasiado en un solo pensamiento— debemos recordar que el hecho de que nuestro Señor no esté aquí, sino que resucitó, contiene un pensamiento consolador: que se ha ido donde puede proteger mejor nuestros intereses. Él es nuestro abogado. ¿Dónde habría de estar el abogado sino en la corte del Rey? Él está preparándonos un lugar. ¿Dónde habría de estar Aquel que nos prepara un lugar, sino allá: alistándolo? Nosotros tenemos un adversario muy activo, que está ocupado en acusarnos. ¿No es bueno que contemos con Alguien que puede enfrentársele cara a cara, y silenciar al acusador de los hermanos? Soy del parecer que si Cristo estuviera aquí, en este preciso momento, en persona, estaríamos inclinados a decirle: “Buen Señor, Tú puedes servirnos bien aquí. Tus andanzas para sanar a los enfermos y enseñar a los ignorantes, son muy benditas; y nos encanta verte; la visión de Tu rostro convierte en cielo a la tierra; sin embargo, nuestros grandes intereses demandan Tu ausencia; pues, buen Señor, nuestras oraciones requieren de alguien que las presente ante el trono. Conforme una por una de nuestras oraciones se elevan al cielo, no quisiéramos que estuvieras aquí, mientras las enviamos a un lugar en el que no estás. Además, quisiéramos que estés allí, donde el enemigo se presenta para acusarnos, para que nos defiendas; y como nuestra mejor herencia está en lo alto, necesitamos un custodio que la preserve para nosotros. Buen Señor, es conveniente que Tú te vayas”.

No tenemos que decirle eso, pues se ha ido; y si alguna vez el Cristo fue de doble valor, si alguna vez la ventaja de Su posición acrecentó el valor de Sus servicios, es ahora que está en el cielo. Él sería precioso aquí, pero es más precioso allá. Está haciendo más por nosotros en el cielo, de lo que le sería posible hacer por nosotros aquí abajo, hasta donde puede juzgar nuestra inteligencia finita, y tan ciertamente como lo pronuncia Su infinita

sabiduría. Mientras tanto Su ausencia es bien compensada por la presencia de Su propio Espíritu; y Su presencia allá está bien consagrada por Su administración personal del servicio sagrado a favor nuestro. Todo está bien en el cielo, pues Jesús está allá. La corona está asegurada, y el arpa está asegurada, y la herencia bendita de cada tribu de Israel está toda asegurada, pues Cristo está guardándolo todo. Él es, para la gloria de Dios, el representante y preservador de Sus santos.

Y, acaso esta verdad: que Cristo no está aquí, sino que se ha ido, ¿no cae en nuestros oídos con una dulce fuerza en la medida que nos constriñe a sentir que ésta es la razón de por qué nuestro corazón no debe estar aquí? “No está aquí”: entonces nuestro corazón no debe estar aquí. Cuando este texto, “No está aquí”, fue dicho por primera vez, quería decir que no estaba en el sepulcro. Él estaba entonces en algún lugar de la tierra. Pero ahora no está aquí del todo.

Supón que tú eres muy rico, y que Satanás te susurra: “Estos son jardines deleitables; esta es una noble mansión; disfrútalos”: respóndele: “Pero Él no está aquí; Él no está aquí, ha resucitado; por tanto, no me atrevo a poner mi corazón en donde mi Señor no está”.

O, supón que tu familia te hace muy feliz, y, cuando tus pequeñitos se apiñan a tu alrededor y se sientan en torno a la chimenea, tu corazón está muy feliz; y aunque no posees muchos bienes de este mundo, sin embargo, tienes lo suficiente, y tu mente está contenta. Bien, si Satanás te dijera: “Debes estar muy contento, y encontrar tu reposo aquí”, respóndele: “No, Él no está aquí; y no puedo sentir que éste sea el lugar de mi habitación. Mi espíritu puede descansar únicamente allí donde Jesús está.”

Y, ¿estás apenas empezando tu vida? ¿Acaba de pasar el día de tu boda? ¿Estás comenzando apenas los jubilosos días de la juventud, el dulce encanto del más puro gozo de esta vida? Bien, deléitate en eso, pero aun así recuerda que Él no está aquí, y, por tanto, no tienes derecho a decir: “¡Alma, repósate!” Cristo no está en ningún lado de la tierra, y, por tanto, nuestro corazón no puede construir un nido en ningún lado de la tierra. No está en ninguna parte, no, ni en los lugares altos, ni en los tranquilos lugares de reposo; no está en el huerto de los nogales, ni en las eras de las especias; no está en las tiendas de Cedar, ni entre las cortinas de Salomón; ni siquiera en

Su mesa sacramental, ni entre los medios de la gracia, está Cristo corporalmente, realmente presente. Así que tomaremos la dulzura de todo, y el bien espiritual que pudiera haber en todos los medios externos; pero, aun así, todos nos señalarán hacia lo alto; todos ellos nos alejarán. Así como el sol exhala el rocío, y lo atrae hacia arriba, hacia el cielo, ¡así Cristo magnetizará y atraerá nuestros corazones y nuestros pensamientos hacia lo alto, y nuestros anhelos, y todos nuestros espíritus hacia arriba, hacia Él mismo! “No está aquí.” Entonces, ¿por qué habría yo de estar aquí? ¡Oh, elévate, alma mía; elévate, y que todo tu dulce incienso se eleve hacia Aquel que “No está aquí, pues ha resucitado”!

II. Debo abandonar este punto, y pasar a hablar en pocas palabras sobre el segundo punto, que consiste en UNA INVITACIÓN. “Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor.”

Amados, no se trata de que voy a llevarles al sepulcro de José de Arimatea. No voy a hablar mucho acerca de eso. Pienso que bastará cualquier tumba para identificar la misma enseñanza sagrada. Esta tarde, cuando estaba junto al sepulcro abierto en el Cementerio de Norwood, sentí como si hubiera oído una voz: “Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor”. No nos ha de importar mucho cuál es el lugar preciso. Él yacía en el sepulcro: ese es un hecho prominente que nos predica un sermón meduloso. Cualquier tumba puede servir a nuestro propósito.

En el pequeño pueblo de Campodolcino, me percaté de la tumba de Cristo de manera muy vívida, en un sitio que había sido construido para peregrinos católicos. Yo estaba en la cima de un monte, y vi escritas sobre una pared estas palabras: “Había un huerto.” Estaban escritas en latín. Abrí la puerta de ese huerto. Era como cualquier otro huerto; pero al momento de entrar vi una mano, que tenía escritas las palabras: “Y en el huerto un sepulcro nuevo”. Luego vi una tumba que estaba recién pintada, y cuando me acerqué a ella, leí esta inscripción: “Un sepulcro nuevo, en el cual aún no había sido puesto ninguno”. Entonces me agaché para mirar dentro del sepulcro, y leí otra inscripción escrita en latín: “Bajándose a mirar, vio... pero no entró”. Y estas palabras estaban escritas: “Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor”. Entré y vi, esculpidos sobre la piedra, el sudario y los lienzos puestos allí. Estaba completamente solo, y leí las palabras: “No está

aquí, pues ha resucitado”, esculpidas en el fondo del sepulcro. Aunque temía cualquier cosa escénica e histriónica y papal, sin embargo, ciertamente, me percaté en gran medida de la realidad de la escena, y esta tarde la viví de nuevo cuando estaba delante del sepulcro abierto. Yo sentí que Jesucristo fue realmente enterrado, que fue realmente depositado en la tierra, y que salió realmente de allí, y que es bueno que nosotros vayamos y veamos el lugar en el que Jesús fue puesto.

¿Por qué deberíamos verlo?

Bien, primero, para que podamos ver cuán condescendiente fue Él para yacer en una tumba. Él, que hizo el cielo y la tierra, yació en una tumba. Él, que dio luz a los ojos de los ángeles, yació en las tinieblas durante tres días. Él durmió allí en la oscuridad. Él, sin quien nada de lo que ha sido hecho, fue hecho, fue entregado a la muerte, y fue una víctima de la muerte allí. ¡Oh portento de portentos! ¡Maravilla de maravillas! ¡Él, que tenía la inmortalidad y la vida dentro de sí mismo, se entrega al lugar de la muerte!

“Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor”, a continuación, para ver cómo debemos llorar por el pecado que lo puso allí. ¿Fui yo el causante de que el Salvador yaciera en el sepulcro? ¿Era necesario que antes de que mi pecado pudiera ser quitado, mi dulce Príncipe, cuya hermosura encanta a todo el cielo, debiera estar frío y gélido en la muerte, y realmente ser depositado en un sepulcro? ¿Debía ser así? ¡Oh, ustedes, pecados asesinos! ¡Pecados asesinos! ¡Malditos y crueles pecados! ¿Mataron ustedes al Salvador? ¿Atraparon a ese tierno corazón? ¿Es posible que nunca estuvieran contentos hasta conducirlo a Su muerte, y ponerle en el sepulcro? Oh, vengan y lloren, al ver el lugar donde pusieron al Señor.

“Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor”, para que vean dónde tendrán que ser puestos ustedes, a menos que el Señor venga repentinamente. Ustedes pueden tomar las medidas de esa tumba, pues allí es donde tendrán que reposar. Nos haría bien recordar —si contamos con grandes propiedades— que dos metros de tierra es todo lo que será jamás nuestro feudo permanente. Tendremos que ir a él, ese montículo solitario, con la longitud de dos lanzas de terreno allanado:

Príncipes, esta arcilla ha de ser su lecho,
A pesar de todas sus torres;
La encumbrada y sabia cabeza reverente
Debe yacer tan bajo como la nuestra.

No hay licencia en esta guerra. Nosotros debemos retornar al polvo. Entonces, “Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor”, para ver el lugar donde tú también serás puesto.

Pero entonces, “Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor”, para que veas qué buena compañía tendrás allí. Allí es donde yació Jesús: ¿acaso no te consuela eso?

¿Por qué habría de temer el cristiano el día
Que lo entierre en la tumba?;
Allí yació el amado cuerpo de Jesús,
Y dejó un perfume duradero.

¿Qué habitación podría ser más apropiada para que vaya a dormir el hijo de un príncipe, que la propia tumba del príncipe? Allí durmió Emanuel. ¡Allí, cuerpo mío, has de estar muy contento de dormir también! ¿Qué lecho más regio podrías desear que el seno de esa misma madre tierra, en que fue colocado el Salvador para descansar por un tiempo?

Piensa, amado hermano, en diez mil santos que han ido de esa manera al cielo. ¿Quién habría de temer ir por donde todo el rebaño ha ido? Tú, una pobre oveja tímida, si sólo tú tuvieras que atravesar este oscuro valle, estaría bien que tuvieras miedo; pero, oh, en adición a tu Pastor, que marcha a la cabeza de todo el rebaño, escucha las pisadas de las innumerables ovejas que le han seguido. Y algunas de esas ovejas fueron muy queridas para ti, y se alimentaron en los mismos pastos que tú. ¿Acaso temes ir por donde han ido ellas? No; mira el lugar donde pusieron a Jesús, para ver cuán buena compañía has de tener, aunque pareciera estar en una cámara oscura.

“Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor”, para ver que tú no puedes estar allí por mucho tiempo. No es el lugar donde Jesús está. Él se fue, y tú estarás con Él donde está ahora. Ven y mira la tumba. No tiene

ninguna puerta. Tuvo una puerta; era una inmensa roca, una piedra monstruosa, y nadie podía moverla. Estaba sellada. ¿No ves cómo pusieron el sello del Sanedrín, el sello de la ley, para asegurarla, y que nadie la moviera? Pero ahora, si quieres ir al lugar donde pusieron a Jesús, el sello está roto, los guardas huyeron y la piedra ya no está. Así será tu tumba. Es verdad que te cubrirán, y yacerás en medio de terrones de verde césped. Si fueras sabio, preferirías estas cosas a las pesadas losas de piedra que ponen algunas veces sobre los muertos. Ese dulce montículo, con alguna margarita por aquí y por allá, es como el ojo de la tierra mirando al cielo y pidiendo misericordia, o sonriendo en el gozo de la expectación: allí, allí dormirás; pero tal como en la mañana, tan pronto como abres tus ojos y corres las cortinas, y sales para cumplir tu labor del día, y nadie se interpone en tu camino, así, cuando suene la trompeta de la resurrección, te levantarás de tu lecho en perfecta libertad, sin que nadie te lo impida, para ver la luz del día que no acabará nunca. No tienes nada que te encierre. No hay cerrojos ni barras: no hay guardas ni vigilantes; no hay piedras ni sellos. “Venid, ved el lugar el lugar donde fue puesto Jesús”. No me gustaría ir a la cama en una prisión, donde hubiera un portero de la cárcel con su llave de hierro para encerrarme. ¡Pero no tengo miedo de dormir en una habitación de la cual puedo salir al llamado matutino como un hombre perfectamente libre! Y lo mismo sucede contigo, amado, si eres un creyente. Tú vienes a quedarte en un lugar que está abierto y libre: un lugar apropiado para que dormiten los hombres libres del Señor.

“Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor”, para celebrar el triunfo sobre la muerte. Si María cantó en el Mar Rojo, nosotros también podemos cantar en la tumba de Jesús. Si ella dijo: “Cantad a Jehová, porque en extremo se ha engrandecido”, ¿no diremos nosotros lo mismo? Si todos los ejércitos de Israel se unieron a ella en el cántico, las mujeres con danzas y los hombres valientes con sus voces, así, que todo Israel salga en este día y bendiga y alabe al Señor, diciendo: “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?” El lugar donde fue puesto Jesús nos ha dicho eso:

¡Vana es la vigilancia, la piedra, el sello!
Cristo ha despedazado las puertas del infierno.

Ahora cantémosle, y démosle toda la alabanza.

Estaba pensando decirles, amados, que vayamos y veamos el lugar donde fue puesto Jesús, para que lloremos allí por nuestros pecados; vayamos y veamos el lugar donde estuvo Jesús, para morir allí por nuestros pecados; vayamos y veamos el lugar donde pusieron a Jesús, para ser enterrados con Él; vayamos y veamos el lugar donde pusieron a Jesús, para resucitar de ese lugar a una vida nueva, y encontrar nuestro camino a través de la vida de resurrección, a la vida de ascensión, en la que nos sentaremos en lugares celestiales, y miraremos abajo, a las cosas de la tierra, con jubiloso desprecio, sabiendo que Él nos ha levantado muy por encima de todo eso, y que nos ha hecho partícipes de un bienaventuranza más resplandeciente de la que esta tierra pudiera conocer jamás. Pero me abstendré de hacerlo.

He terminado. Quiera Dios que todos los aquí presentes tuvieran una parte en esto. Todos ustedes tienen una participación en la muerte. Hay un árbol que está creciendo, del que harán su ataúd; o, tal vez, ya fue cortado y está siendo curado para protegerlo del clima, y se convertirá en una alcoba de madera: la última alcoba que necesitarán jamás. Hay un punto en la tierra que ha de ser excavado para que sean colocados allí, para llenar el espacio vacío. Y su alma vivirá; su alma nunca habrá de morir. No les crean ni por un momento a quienes les hablan de la aniquilación. El alma debe existir. Pregúntense si será con el gusano que nunca muere y el fuego que nunca se ha de apagar, o con Cristo, que vive en Su gloria, y quien vendrá una segunda vez para dar gloria a Su pueblo y resucitar sus cuerpos de igual manera que el Suyo.

Oh, todo dependerá de esto: “¿Crees tú en Jesús?” Si crees en Él, puedes darle la bienvenida a la vida y darle la bienvenida a la muerte, y darle la bienvenida a la resurrección, y darle la bienvenida a la inmortalidad. Pero si no crees, entonces un torbellino te ha asolado, y para ti es terrible morir. Es terrible incluso vivir; pero es más terrible morir; será terrible resucitar de nuevo; ¡será terrible ser condenado, ser condenado para siempre! ¡Que Dios te libre de eso, por Cristo nuestro Señor! Amén.

Ch. Ferguson